

## Damos la vida junto a Él Entrada desde la oración



### ¿Por qué motivos darías la vida?

En nuestras conversaciones habituales solemos escuchar que las personas dicen «daría la vida por» o «daría la vida con tal que...» cuando se quiere expresar el sacrificio que se está dispuesto a realizar por algo o alguien. Sin embargo, detrás de estas frases pueden existir motivos distintos. Uno de los motivos puede ser el egoísmo, pero también puede ser el reflejo de un amor profundo. Cuando utilizamos la expresión «daría la vida» podemos encontrarnos con dos cosas. La primera es que tal vez caeríamos en la cuenta de que entregaríamos la vida por muy pocos motivos, y que en su mayoría sería por un provecho meramente personal. Pero también podríamos encontrarnos con la sorpresa de reconocer cuánto valoramos la vida de los demás y del sacrificio que estamos dispuesto a realizar por otros.

Pero ¿qué pasaría si en realidad aquello por lo que entregarías la vida, por ejemplo, el bienestar en una relación, la paz en una situación, o la felicidad de los demás, no dependiera exclusivamente de que entregues «tu» vida, sino que simplemente la transformes? Si la felicidad de la otra persona está en que cambies de actitud, ¿lo harías? Si para lograr bienestar y armonía en una relación tuvieras que buscar nuevas maneras de vincularte, ¿cambiarías tu forma de actuar? Incluso, si la felicidad de una persona dependiera de que seas tú el que “pierdes”, ¿estarías dispuesto a hacerlo? Qué

pasaría si te dieras cuenta de que puedes alcanzar lo que deseas cambiando tu manera de ser y de actuar ¿Qué decisiones tomarías?

Dar la vida por el bienestar de la otra persona puede ser muy loable. Entregar la vida para que el otro viva, puede ser un gesto enorme de amor. Este ha sido el gesto de amor más grande que ha conocido la humanidad. Jesús al compartir el pan y el vino con sus discípulos estaba anticipando la entrega definitiva de amor que sellaría con su muerte en la cruz. No existió ni existirá jamás mayor gesto de amor y entrega que el

realizado por el Hijo de Dios.

En la cruz Jesús revela su amor que llega al extremo de la entrega para que otro viva, independientemente de si es bueno o malo, justo o injusto, pecador o santo, porque su entrega es para todos y para siempre. Cuando escuchamos en el evangelio decir a Jesús que «el discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor» y añade que le basta al «discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor» podemos caer en la tentación de creer que necesitamos hacer un sacrificio idéntico al de Jesús.

La entrega de Jesús en la cruz fue única y para siempre. Sin embargo, como discípulos sí estamos llamados a la entrega de nosotros mismos por amor. La ofrenda de nuestra vida es una actitud interior que brota de la eucaristía y tiene su culmen en la cruz. Significa estar disponibles interiormente para que nuestra vida sea alimento para los demás. Hay situaciones que no mejoran en nuestro entorno porque no estamos dispuestos al sacrificio de ceder un poco y proceder de otra manera. Nuestra vida se vuelve ofrenda cuando la ofrecemos a Dios como instrumento de amor y redención para los demás.

Cuando tomamos la propia vida como don de Dios y queremos entregarla como Jesús nos convertimos en personas eucarísticas. Ser discípulos de Jesús tiene el sello de la entrega y del sacrificio que nace del amor. ¿Estarías dispuesto a colaborar con Jesús en su misión para dar vida? Jesucristo dijo, «No hay mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos» (Evangelio de Juan cap. 15, 13).

Jesús, por medio de sus palabras, gestos, y manera de proceder consoló a muchísima gente. Les dio esperanza, les ayudó a creer y a recuperar la fe. Si examinaras con cuidado y valentía el curso y ritmo de tu propia vida, y te decidieras a colaborar para que los demás vivan mejor, te darías cuenta de lo mucho que podrías ayudar en la felicidad de los otros.

La celebración eucarística no es un espectáculo artístico sino una comida fraterna. Un lugar privilegiado para encontrarnos con Jesús. Para sentarnos a su mesa necesitamos confesar que tenemos hambre de Él. Esta es una condición para alimentarse de su Cuerpo y Sangre que nos nutre y un elemento fundamental para el vínculo afectivo con Él.

Así como en la última cena Jesús tomó el pan en sus manos y lo repartió entre sus discípulos e hizo lo mismo con el cáliz, repite esa misma acción con cada uno de nosotros. Al comulgar entramos en comunión con Jesús, nosotros nos alimentamos con su Cuerpo y Sangre y él nos toma a cada uno de nosotros. En sus manos traspasadas por los clavos de la cruz nos moldea como discípulos eucarísticos. Él asume la principal responsabilidad de tomarnos como discípulos suyos, pero exige al mismo tiempo de nosotros una absoluta disponibilidad.

El relato de la creación del hombre en el libro del Génesis nos cuenta que Dios tomó barro en sus manos y modeló al hombre. En cada eucaristía también somos tomados por Jesús en el mismo momento en que nosotros lo tomamos a Él como alimento. A través del acto de comunión va delineando los rasgos que nos definen como discípulos suyos.

El ser humano, hecho de barro, está compuesto por el «agua» de sus cualidades y talentos y la «tierra» de sus fragilidades y carencias. No somos sólo cualidades y virtudes, pero

tampoco somos únicamente defectos y limitaciones; ambos elementos constituyen un binomio perfecto, que no se puede separar sin desgarrar la esencia del ser humano. «Llevamos este tesoro en vasijas de barro» (Segunda Carta a los Corintios cap. 4,7). No son nuestras cualidades y talentos las que instauran el Reino de Dios, como tampoco nuestras limitaciones pueden impedir que éste se realice. Nuestras debilidades no son excusa, ni nuestras carencias son razón suficiente, para que Dios detenga su plan. Nuestra flaqueza nunca será más grande que su poder. La fragilidad humana no es obstáculo para que Dios interrumpa su acción salvífica que puede operar con nuestra colaboración.

Ser discípulos eucarísticos significa dejar al Espíritu Santo grabe en nosotros la imagen de Jesús. Para ello debemos estar dispuestos a desprendernos de nuestros modos de actuar y proceder y asumir su estilo de vida. Hay momentos en nuestra vida en que debemos abrir el corazón a Dios y animarnos a «replantear» el estilo de vida que hemos elegido. No porque sea malo o esté mal hecho, sino por la sencilla razón de que es bueno ponernos en las manos de Dios para dejarnos rehacer. Si no nos desprendemos del estilo de vida del hombre viejo, no podremos acoger el proyecto del Señor en nosotros.

Te invitamos a realizar la oración de ofrecimiento de la Red Mundial de Oración del Papa cada mañana para disponerte a vivir el día en una actitud eucarística. Es decir, disponible interiormente a vivir la jornada de estudio, trabajo y quehaceres cotidianos en clave de misión. El ofrecimiento en la mañana de todo lo que somos nos dispone a vivir por Él, con Él y en Él todo del día.

